

TEMPLO HERMANA TERESA



"La esperanza y la verdad"

27/12/2025



“La esperanza y la verdad”

Queridos hermanos y hermanas.

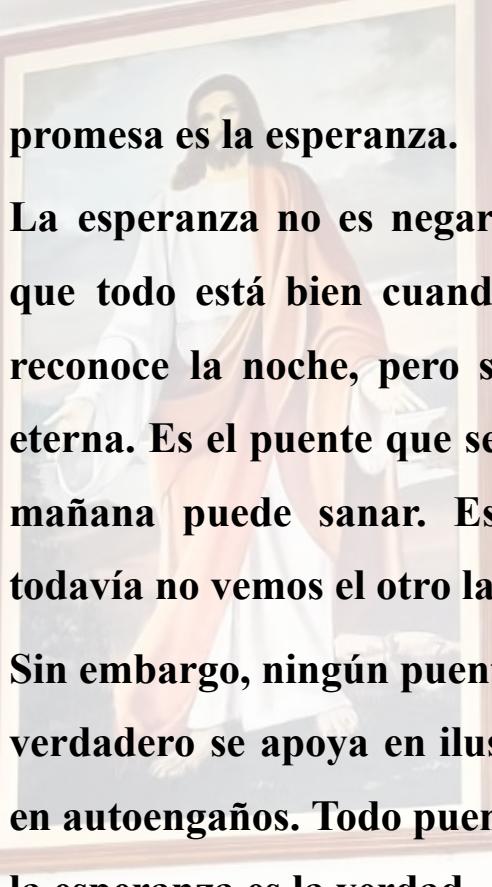
En esta Ceremonia de hoy queremos reflexionar con ustedes respecto a una frase que Carlos nos compartió y que dice:

La esperanza es el puente entre la oscuridad y la luz. La verdad es el cimiento que la sostiene.

Esta no es una frase poética sin peso: es una realidad profunda de la vida humana y espiritual. Porque nadie atraviesa la existencia sin momentos de sombra, y nadie permanece en pie sin algo que lo sostenga desde abajo.

Todos, en algún punto del camino, conocemos la oscuridad. A veces llega de golpe, como una noche cerrada sin aviso. Otras veces se instala de manera silenciosa, como una neblina que no duele de inmediato, pero que nos va quitando claridad. La oscuridad puede tener muchas formas: una pérdida, una decepción, una traición, una injusticia, una enfermedad, un cansancio del alma, o simplemente la sensación de no saber hacia dónde vamos. No siempre es externa; muchas veces vive dentro de nosotros.

Frente a esa oscuridad, la luz no siempre aparece de inmediato. Y ahí es donde muchos se detienen, se rinden o retroceden. Porque esperan que la luz venga primero para recién entonces avanzar. Pero la vida no funciona así. La luz no siempre está al alcance de la vista; a veces solo existe como promesa. Y esa



promesa es la esperanza.

La esperanza no es negar la oscuridad. No es hacer de cuenta que todo está bien cuando no lo está. La esperanza auténtica reconoce la noche, pero se niega a aceptar que esa noche sea eterna. Es el puente que se tiende entre lo que hoy duele y lo que mañana puede sanar. Es el paso firme que damos cuando todavía no vemos el otro lado, pero confiamos en que existe.

Sin embargo, ningún puente se sostiene en el aire. Ningún puente verdadero se apoya en ilusiones frágiles, en mentiras cómodas o en autoengaños. Todo puente necesita cimientos. Y el cimiento de la esperanza es la verdad.

La verdad, muchas veces, incomoda. No siempre es amable. A veces duele más que la mentira. Pero es firme. Es estable. Es real. La verdad es aceptar dónde estamos, quiénes somos, qué hicimos y qué no hicimos. Es mirar nuestra vida sin disfraces ni excusas. Porque solo cuando pisamos suelo firme podemos avanzar sin caer.

Cuando la esperanza se apoya en mentiras, se transforma en fantasía. Y las fantasías se derrumban al primer viento fuerte. Pero cuando la esperanza se apoya en la verdad, se vuelve resistente. Puede doblarse, pero no se rompe. Puede tardar, pero llega.

Hay personas que confunden esperanza con deseo. Desean que las cosas cambien, pero no aceptan la verdad de lo que son hoy.

Desean luz, pero se niegan a reconocer su propia oscuridad. Y así, sin darse cuenta, construyen puentes sobre arenas movedizas. Caminan unos pasos y caen. Se levantan, vuelven a intentarlo, y vuelven a caer. No porque la esperanza falle, sino porque no estaba sostenida por la verdad.

La verdad nos pide humildad. Nos pide reconocer límites, errores, heridas y responsabilidades. Pero lejos de quitarnos esperanza, nos la devuelve más fuerte. Porque nos libera de la mentira de tener que aparentar, de fingir fortaleza cuando estamos cansados, de sonreír cuando el alma llora. La verdad nos permite decir: “Aquí estoy. Así estoy.” Y desde ahí, comenzar a construir.

La esperanza verdadera no promete caminos fáciles, promete caminos posibles. No dice “no va a doler”, dice “vas a poder atravesarlo”. No dice “todo será perfecto”, dice “todo puede tener sentido”. Y ese sentido se descubre cuando dejamos que la verdad nos sostenga.

En la vida comunitaria esto es fundamental. Porque no hay esperanza colectiva sin verdad compartida. Las comunidades que avanzan son las que se animan a decirse la verdad con amor, a mirarse sin máscaras, a reconocer dificultades sin perder la fe. Cuando una comunidad se miente a sí misma, se debilita. Cuando se dice la verdad, se fortalece.

La esperanza, entonces, no es ingenuidad. Es coraje. Coraje

para seguir caminando aun con miedo. Coraje para creer cuando la evidencia dice lo contrario. Coraje para construir puentes donde otros solo ven abismos. Pero ese coraje necesita una base sólida. Y esa base es la verdad vivida con honestidad.

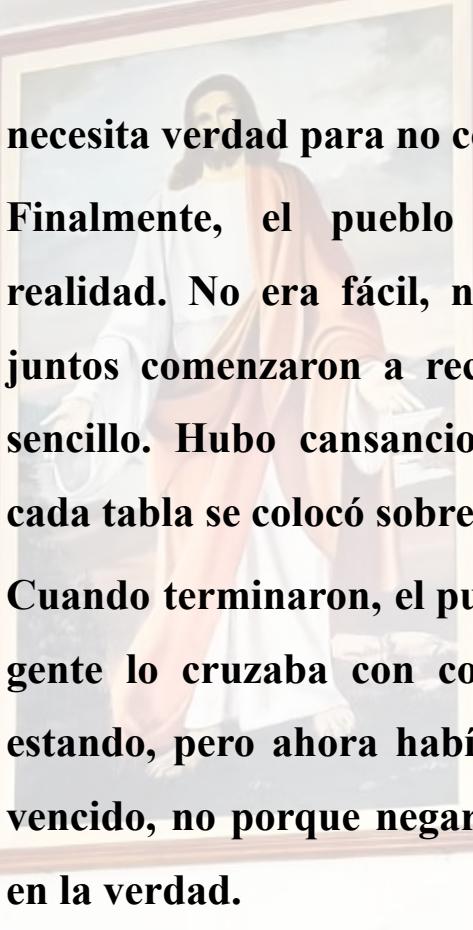
Para ilustrar esto, queremos compartir una historia sencilla, pero profunda.

En un pequeño pueblo, separado por un río ancho y oscuro, vivía una comunidad que durante años había cruzado de un lado al otro mediante un viejo puente de madera. Con el tiempo, el puente comenzó a deteriorarse. Algunas tablas crujían, otras estaban flojas. Pero nadie quería hablar del tema. Decían que exagerar era atraer problemas. Preferían mirar hacia otro lado.

Una noche, una tormenta fuerte azotó la región. El río creció y la oscuridad se volvió más espesa que nunca. Al amanecer, el puente seguía en pie, pero más dañado que antes. Aun así, la gente seguía cruzándolo, con miedo, pero en silencio.

Un día, un anciano del pueblo decidió detenerse en medio del puente y mirar hacia abajo. Vio las grietas, vio los pilares debilitados, vio la verdad que todos evitaban. Regresó al pueblo y habló con calma, pero con firmeza: “Este puente no se va a sostener mucho más. Si seguimos así, alguien va a caer.”

Al principio, muchos se molestaron. Decían que traía malas noticias, que quitaba la esperanza. Pero el anciano respondió: “No quito esperanza. La estoy cuidando. Porque la esperanza



necesita verdad para no convertirse en tragedia.”

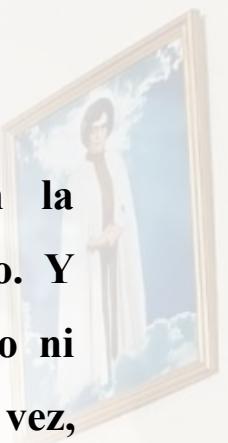
Finalmente, el pueblo decidió escuchar. Reconocieron la realidad. No era fácil, no era cómodo, pero era necesario. Y juntos comenzaron a reconstruir el puente. No fue rápido ni sencillo. Hubo cansancio, discusiones y dudas. Pero esta vez, cada tabla se colocó sobre pilares firmes.

Cuando terminaron, el puente no solo era más fuerte, sino que la gente lo cruzaba con confianza. La oscuridad del río seguía estando, pero ahora había un paso seguro. La esperanza había vencido, no porque negaron el peligro, sino porque se apoyaron en la verdad.

Esta historia refleja nuestra propia vida. Muchas veces caminamos sobre puentes dañados, sosteniendo esperanzas frágiles, evitando verdades incómodas. Y creemos que callar es proteger, cuando en realidad es debilitar. La verdadera esperanza no se construye escondiendo grietas, sino reparándolas.

Cada uno de nosotros tiene puentes que cruzar. Puentes entre el dolor y la sanación, entre el miedo y la confianza, entre el pasado y el futuro. Y en cada uno de esos puentes, la esperanza nos invita a avanzar. Pero la verdad nos asegura que no caeremos.

Hoy, más que nunca, nuestra Guía la Hermana Teresa nos pide que recordemos esto:



“No hay luz sin proceso, no hay esperanza sin verdad, no hay

puente sin cimientos. Y no hay oscuridad tan profunda que no pueda ser atravesada cuando caminamos con honestidad y Fe.”

Hermanos y hermanas, debemos aprender a abrazar la verdad, incluso cuando duele. Porque es ella la que sostiene nuestros pasos. Jamás debemos renunciar a la esperanza, incluso cuando todo parece perdido. Porque es ella la que nos impulsa a seguir.

Y que, como comunidad y como personas, seamos constructores de puentes. Puentes de palabras sinceras, de gestos justos, de acciones coherentes. Puentes que unan, que sostengnan, que permitan cruzar.

Porque la esperanza es el puente entre la oscuridad y la luz.

Y la verdad, siempre, será el cimiento que la sostiene.

Que Dios nos proteja, que Jesús nos ilumine, que la Hermana Teresa nos guíe y que María nos acompañe.